

## El Orden de la Nostalgia

Fernando Picó

Universidad de Puerto Rico

Cuando éramos niños mi madre ponía todos los años en la esquina de la sala un nacimiento. Había comprado las piezas mucho antes de yo nacer, cuando mis hermanos mayores eran pequeños, y era mi placer oírle contar cómo había conseguido cada elemento, en qué cinco y diez, por cuál catálogo de Sears, allá en los años de San Felipe y la Depresión, antes de la Guerra Mundial, en ese pasado al cual tenía el acceso vedado, porque yo había nacido en 1941. Así es que cada año, al contemplar el portento de las casas japonesas y las ovejas lanudas alemanas, el molino, el pozo, el aserradero, y el majestuoso castillo de Herodes, siempre en el punto más alto, mis preguntas retomaban el asunto de los orígenes. Estas cosas ya no se veían más, habían desaparecido de las tiendas, y yo no conocía que ningún amigo tuviese un nacimiento tan grande en su casa, con tres rebaños de ovejas, sus pastores y sus perros, con soldados herodianos que tenían alabardas que se movían y cruces en sus escudos, con tres coches con ruedas y caballitos y con un gallego montado en un burro de goma cuyo sombrero inexorablemente sería comido por el buey del portal, porque así lo decía la canción.

El nacimiento comenzaba a montarse una semana antes de Navidad y se quitaba una semana después de Reyes. Un mediodía llegaba yo de la escuela y estaban armándose las montañas, los senderos, los valles. Menos de un mes más tarde otro mediodía volvía de la escuela y me encontraba que todo aquel maravilloso mundo estaba desarmado, cada pieza en su caja designada, el ganado en la caja larga de la granja,

los soldados ordenados en su cajita colorada, las gallinas atrapadas de nuevo en el panel de la suya. “¿Por qué no podemos tener el nacimiento puesto todo el año?”, preguntaba, y me decían que para cada época había su asunto propio, que el nacimiento dejaría de ser especial si siempre estaba allí. Entonces uno contaba los meses hasta que volvieran las Navidades, faltan once meses más, y parecía una eternidad.

Esa enorme estabilidad del mundo infantil de fines de los 1940 y comienzo de los 1950 no era fiel reflejo del mundo en que vivíamos. Pero mis padres crearon alrededor de nosotros una red protectora, y todo era seguro, predecible, sujeto a reglas claras y sencillas. De la casa a la escuela a la casa todos los días, los domingos después de misa a ver a la abuela al campo, un mundo donde todo tenía explicaciones y nunca ocurría nada inesperado. Hasta las tormentas en aquella época cogían otro rumbo.

Cuando me hablan de orden, pienso en ese orden familiar, en el sentido de seguridad y recurrencia, cada cosa en su sitio, cada evento a su tiempo, cada pregunta con una contestación. Y me pregunto por qué no es posible ese orden familiar en nuestros días, y me contesto a mí mismo que no es posible hoy, ni lo fue ayer, ni lo ha sido nunca, que lo que hemos tenido ha sido la ilusión del orden, la disciplinada representación de nuestros mayores, que a costa de enormes sacrificios y entereza de ánimo, proyectaron un universo tranquilo cuando en realidad sólo había unas cuantas calles en paz.

¿Por qué es tan recurrente entonces entre nosotros los puertorriqueños la nostalgia por el orden perdido, la memoria luminosa de un pasado tranquilo? El mero cotejar las páginas de *El Imparcial* de fines de los 1940, o los libros de novedades de la Policía de los 1930, o los expedientes de lo criminal de los tribunales de distrito de la década de los 1920 nos revelan la misma violencia, los mismos horrores y desmanes, los recurrentes atropellos que ahora ritualmente lamentamos.

Entre el 1937 y el 1958 nuestras tasas de homicidio por cien mil habitantes fueron las más bajas del siglo 20, pero ese dato en nada consoló a las muchas víctimas de asaltos, violaciones, escalamientos, y agresiones de esas décadas. Sobre todo en San Juan, hubo en la primera mitad del siglo 20 muchos niños deambulantes, que consistentemente eran encerrados en instituciones por raterías. La violencia rural era particularmente brutal con las mujeres. Las campañas políticas estaban siempre teñidas de sangre. Los timos y engaños a los muchos incautos se multiplicaban. Los trabajadores rurales rara vez estaban empleados a tiempo completo, sino sólo mientras duraban las zafras o las cosechas. La mayor parte de los estudiantes rurales dejaban la escuela antes de llegar al sexto grado. En fin de cuentas, era un mundo duro e implacable. Pero sin embargo, no sé por qué empecinamiento, persistimos en idealizar y añorar ese mundo perdido de las guajanas y la flor del cafeto. Lo hacemos al extremo de que muchas de las soluciones a los problemas del presente las presentamos sin ambages como un regreso al pasado.

Hemos fabricado un pasado que tiene todas las soluciones, un pasado idílico, feliz, sencillo, y en esa tormentera habitualmente nos refugiamos cuando no queremos saber más del presente. Pero es esa misma idealización del pasado lo que nos inhibe de acuñar soluciones para el presente. Mientras persistamos en negar que el pasado fue violento, injusto y atropellante, seguiremos creyendo que los problemas sociales que tenemos son de reciente origen, de carácter episódico, y de fácil resolución. Entrampados por nuestra nostalgia, creamos un orden ficticio en una época anterior a la presente, y volcamos todos nuestros esfuerzos en diseñar soluciones que hagan al presente simétrico con el pasado inventado. Al hacerlo devaluamos y descalificamos los esfuerzos de nuestros contemporáneos y nos perdemos en un laberinto que ni nos devuelve al punto de origen ni nos da acceso a la felicidad soñada.